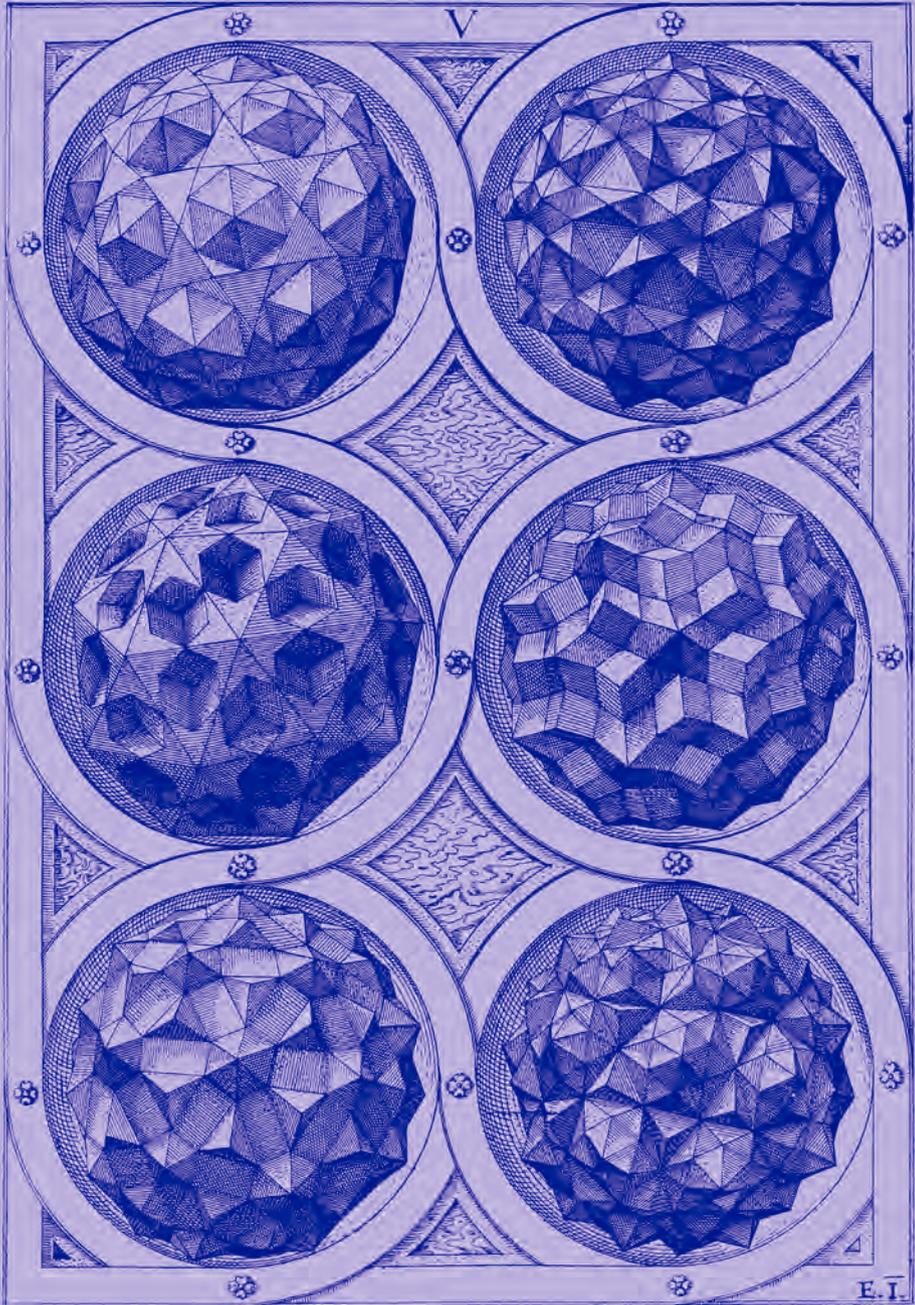


NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

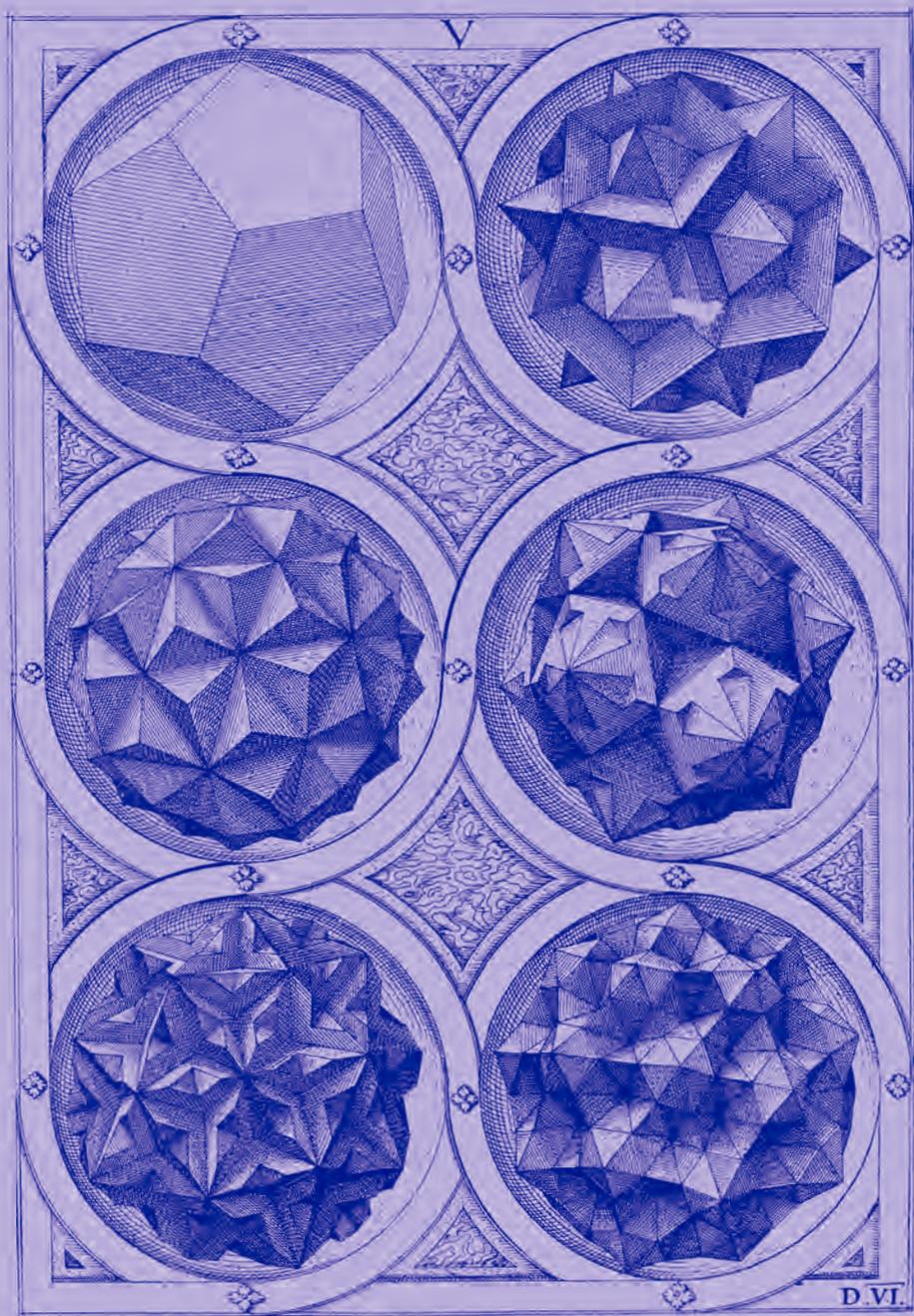
BREVIARIO DE ESCOLIOS

ATALANTA



V

E.I.





ARS BREVIS

ATALANTA

119





Nicolás Gómez Dávila en su biblioteca. Bogotá. ca. 1975.

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

BREVIARIO DE ESCOLIOS

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA:
EL ESCRITOR SECRETO
JOSÉ MIGUEL SERRANO

SELECCIÓN
JOSÉ MIGUEL SERRANO
GONZALO MUÑOZ



ATALANTA

2018

En cubierta: figuras provenientes de Wentzel Jamnitzer,
Perspectiva Corporum Regularium
En guardas: *Perspectiva Corporum Regularium*, folios E. I y D. VI

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© Sucesores de Nicolás Gómez Dávila
© De la introducción: José Miguel Serrano
© De la selección: José Miguel Serrano y Gonzalo Muñoz, 2018
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-947297-5-1
Depósito Legal: GI 234-2018

Índice

Nicolás Gómez Dávila: el escritor secreto

9

Breviario de escolios

Escolios a un texto implícito I (1977)

31

Escolios a un texto implícito II (1977)

105

Nuevos escolios a un texto implícito I (1986)

171

Nuevos escolios a un texto implícito II (1986)

209

Sucesivos escolios a un texto implícito (1992)

265

Índice onomástico y de materias

287

Nicolás Gómez Dávila: el escritor secreto

Nicolás Gómez Dávila, el más brillante aforista en español del siglo xx, proyecta una imagen de escritor secreto, como lo definió Julia Escobar, o como dijo José Miguel Oviedo en su *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, de «ilustre desconocido».

Aislado de su entorno, alejado de cualquier círculo, escuela o revista literaria, parecería inadvertido para sus contemporáneos; sólo posteriormente, de forma casi milagrosa, rompería el aislamiento para aparecer con fuerza en un grupo de iniciados, a los que en cierta forma disgustaría la popularidad de su escritor.

La imagen de Gómez Dávila debe mucho a sus descubridores alemanes, y especialmente a Martin Mosebach o Ernst Jünger, que describen a un escritor muy al estilo del *Waldgänge*, de la Selva Negra, retirado del mundo y aislado del entorno social dominante. Paradójicamente, Gómez Dávila habría elegido como lugar de retiro una de las ciudades más populosas de Iberoamérica, su Bogotá natal, con la que mantendrá una relación de amor y odio patente en sus escritos.

Si consideramos que su descubridor y promotor en el mundo en lengua italiana fue Franco Volpi, especialista en Schopenhauer y Nietzsche y uno de los mejores tratadistas sobre nihilismo, entenderemos cómo la imagen literaria de nuestro autor ha quedado casi definitivamente fijada: «El solitario de Dios», en una frase acuñada por el italiano, con ecos en «el solitario de Sils Maria».

Tendríamos así a un hombre aislado en su biblioteca, afanosamente construida, dedicado a la biblioterapia; peculiar actividad donde el libro libera del tedio de la vida. Escritor que tan sólo escribe para sí mismo y que, muy a su pesar, verá su obra proyectada, ya en su madurez, hacia el exterior.

Mucho hay de verdad en esta imagen pero, como diría el propio Gómez Dávila, toda recta conduce a un infierno y nuestro autor, si estuvo aislado, lo fue de los círculos literarios dominantes en Bogotá, pero no de la vida social, financiera y cultural.

Cuando en el año 2006 las embajadas de Colombia en Portugal y España presentaron al público europeo un libro con sus mejores escritores del siglo XX que titularon *100 autores colombianos del siglo XX (antes y después de García Márquez)*, incluyeron al escoliasta bogotano. La mención fue modesta respecto a sus méritos pues, para algunos, junto al citado premio Nobel y al Cervantes Álvaro Mutis, es uno de los tres grandes autores colombianos de ese siglo.

El brillante trabajo de Nicolás Gómez Dávila se expresó fundamentalmente en una colección de más de diez mil aforismos, publicados con el nombre genérico de *Escolios a un texto implícito*, y que vieron la luz entre 1977 y 1992 (*Escolios I y II*, 1977; *Nuevos I y II*, 1986; y *Sucesivos*, 1992), siempre en Bogotá y en editoriales vinculadas al mundo oficial. Los primeros, en la Colección Autores Nacionales, del Instituto Colombiano de Cultura; los segun-

dos, en la Nueva Biblioteca Colombiana, fueron editados por la presidencia de la República; y el último tomo en la serie «La Granada entreabierta» del Instituto Caro y Cuervo, perteneciente al Ministerio de Cultura.

Estos escolios no tuvieron el merecido éxito ni en su país ni en general en el mundo de habla hispana. Es inútil buscar sus antecedentes o sus sucesores literarios en su país natal, Colombia. No hay allí ni maestros ni discípulos. Con la excepción de las menciones elogiosas de sus amigos Hernando Téllez, Álvaro Mutis o Ernesto Volkening, fue más ignorado que criticado.

Como adelantábamos, el impacto en el mundo cultural lo produciría la traducción al alemán de una antología realizada por la editorial Karolinger, de Viena, a partir de 1987, y la recepción en Italia, fundamentalmente de la mano de Franco Volpi, «redescubridor» de Ernst Jünger para el mundo de habla italiana, y que le consagraría un esfuerzo rayano en la obsesión. Lo más probable es que Volpi se topase con la obra de Gómez Dávila a través de su interés por el mundo germánico, y especialmente por «los filósofos de la derecha», como Jünger o Heidegger, pero no hay que rechazar la posibilidad de que lo leyera directamente en alguno de sus viajes iberoamericanos, como apunta Luigi Garofalo.

Desde entonces pasó a convertirse en un autor de culto, citado y comentado elogiosamente por los alemanes Botho Strauss, Martin Mosebach o Robert Spaemann, quien lo cita sencillamente en sus memorias «como dice Gómez Dávila», también por Ernst Jünger, tan desilusionado como él por el mundo moderno, pero con una «solución» distinta al reaccionarismo y que lo menciona a través de uno de sus escolios: «El moderno es un fango que no logra modelar mano alguna», en el tomo IV de sus diarios *Pasados los setenta*, en una entrada del día 17 de diciembre de 1987,

el mismo año de la publicación de la traducción alemana de una selección de sus escolios.

El sinólogo belga y firme crítico del totalitarismo, Simon Leys, una de las figuras más morales del último siglo, también fue lector excepcional de nuestro autor. Simon Leys conocía y apreciaba la obra de Gómez Dávila. En enero de 2011 le escribió a Pierre Boncenne y le preguntó si había librerías españolas en París, y si podía conseguirle un ejemplar de «Nuevos Escolios», que leyó en una traducción francesa titulada *Le Réactionnaire authentique*, mientras, le comenta, «yo sigo espigando los escolios del genial Gómez Dávila».

Sus escolios han cautivado igualmente a los franceses Alain Finkielkraut o Frédéric Schiffter, quien le dedicó un capítulo en una obra de título significativo: *Le Charme des penseurs tristes*, titulado «Testigo de su desilusión» y que se abre con un texto de Barbey d'Aureville. Entre nosotros Fernando Savater, Enrique García-Máiquez, Ignacio Ruiz-Quintano, el marqués de Tamarón, Juan Arana o Julia Escobar también se encuentran entre los atraídos por su obra.

Pero, indudablemente, el escritor en nuestra lengua que «descubrió» a Gómez Dávila y lo menciona con afecto entre sus influencias es Álvaro Mutis.

Como prosista y escritor de aforismos, Álvaro Mutis le atribuye la primacía entre los escritores en español.

Al poeta debemos algunas referencias inestimables sobre Gómez Dávila. Empecemos precisamente por la poesía, pues en ella Mutis hermana a Gabriel (García Márquez) con Ernesto (Volkening) y Nicolás (Gómez Dávila) en sus afectos más personales. En su tríptico de la Alhambra, al contemplar la huida de un gorrión por la terrible intrusión de los turistas, hace una referencia concluyente:

[...] rescatan cada día el ávido tributo de la tumba:
mi padre que juega billar en el café «Lion D'Or» de Bruselas, [...]
la voz de Ernesto enumerando la sucesión de soberanos sálicos,
la contenida, firme, insomne voz de Gabriel en una sala de Estocolmo,
Nicolás señalando las virtudes de la Prosa de Taine, [...]

La gran referencia de Álvaro Mutis es la aportación al número que la revista del Colegio del Rosario dedicó a Gómez Dávila en abril de 1988.

En su reseña «Donde se vaticina el destino de un libro inmenso», Mutis sale al encuentro de la obra de Gómez Dávila y redacta una sentida defensa. La reseña de Mutis concentra una información extraordinariamente valiosa sobre sus coincidencias y admiración por Gómez Dávila, e incluso sobre la intrahistoria de la obra gomezdaviliana.

Mutis revela al lector la excepcionalidad del libro de Gómez Dávila, obra prima del pensamiento occidental, en «una modesta república cuya trayectoria en esa vasta y majestuosa órbita sería en vano rastreada».

Pero esta obra excepcional había sido mantenida en secreto, más exactamente «en un territorio celosamente conservado en la penumbra, en donde hemos circulado por virtud de una generosa y en extremo cara amistad que nos obliga a un silencio cuya razón compartimos por entero».

Y junto a la alabanza del contenido, de la actitud, de la propia figura del reaccionario auténtico, el elogio más valioso procedente del poeta: «Por esto me quiero limitar únicamente, por tratarse de un campo en donde he ejercido una modesta tarea que monopoliza la casi totalidad de mi atención, a dirigir la de los lectores de *Escolios* a un texto im-

plícito hacia la majestuosa belleza del idioma en que fueron escritos. No conozco antecedentes en castellano de una más transparente y hermosa eficacia de estilo».

Hay más referencias explícitas. Mutis cita el siguiente escolio «Todo hombre vive su vida como un animal acosado» como referencia previa en la novela *Un bel morir*, tercera de la saga de Maqroll, publicada en 1989. Igualmente, en el listado de los libros que conservaba el personaje Maqroll, *el Gaviero*, hay sorprendentes coincidencias con la biblioteca gomezdaviliana. Para terminar, en su entrevista con Julián Meza atribuye a Gómez Dávila una gran influencia en su «pasión bizantina» que dará lugar, entre otras cosas, a su relato *La muerte del estratega*.

¿Qué ha podido atraer a autores tan dispares, muchos alejados de la posición reaccionaria que con firmeza e ironía define Gómez Dávila?

Hay dos rasgos de la obra gomezdaviliana que explicarían esta capacidad de atracción sobre los dispares. Una es su feroz, aguda e inclemente crítica de la modernidad y sus corolarios: la técnica y el progreso. En este punto no cede a los más firmes representantes de la crítica contemporánea, desde Emil Cioran hasta Albert Caraco o Alberto Savinio.

Las instituciones, el autoengaño del progreso, la igualdad, la estulticia del intelectual, las convenciones académicas, el halago de la contracultura, la vulgarización de gustos y costumbres, la infantilización de mentes y actitudes, todo cae bajo su aguda mirada, pasada siempre por lo que para él constituía la «verdadera» realidad: los libros.

Pero su crítica de la modernidad y su corrupción más destacada, la religión democrática, pudiera parecer una posición ideológica, otra más, si no se viera apoyada en una visión de la naturaleza humana exacta y pesimista, cimentada en la lectura de Tucídides y la sucesión de «derrotados» que

aparecen mencionados, de Pascal a Chateaubriand, o implícitos, como Gracián o Quevedo, plenamente representados en su biblioteca.

Igualmente su escritura, irritante a veces por la inclemencia de la crítica —o los rasgos clasistas, antilatinoamericanos, despreciativos de lo español o de lo colombiano—, está dotada de una inmisericorde sinceridad, que se dirige en primer lugar hacia sí mismo. No parece pose literaria el conjunto de auto-críticas que desde su primera obra, *Notas*, se repiten en todos sus textos. En última instancia es, para don Nicolás, la única forma en la que un hombre lúcido puede contemplarse.

Y, sin embargo, el hombre criticado, que infla su vacío, que atribuye a la suerte lo que no atreve a reconocer en su naturaleza, destinado a fracasar en toda biografía, es también el ser amado y capaz de amar, conocedor de los valores que le superan, constructor esforzado de la civilización que le protege como una empalizada de la barbarie y, sobre todo, capaz de intuir a Dios, aunque a veces, en su soberbia, pretenda limitarlo con teologías. El ser humano constructor de la modernidad y del horror tecnológico ha sido también, y aun antes, el creador del monasterio medieval y del paisaje europeo del Románico.

La esperanza en Gómez Dávila es limitada, pero al fin y al cabo es una esperanza que atenúa el pesimismo. No puede consistir en una restauración, que sería siempre vista como un jacobinismo invertido y cuyo referente, si es que se puede fijar en un tiempo concreto, debería buscarse muy atrás en el tiempo.

De su misantropía se escapan unos seres amados, unos pocos amigos y algunos de los libros de su biblioteca, básicamente los que releía.

Extraordinariamente original, frente a sus protestas de mero repetidor de tópicos, él que aborrecía la modernidad

y especialmente su siglo XX, destacó en el género más característico de este último siglo: el aforismo o el escolio.

Aparentemente fragmentario, este medio le permite dibujar una composición *pointilliste*, al modo como lo hizo un Cioran, un Caraco, un Krauss o un Du Bos.

Nació en Bogotá el 18 de mayo de 1913, en una casa situada en la carrera 8 con la calle 16. Hijo de Nicolás Gómez Saiz y Rosa Dávila Ordóñez, se crió en una familia fundamentalmente financiera y comerciante, él que se mostró especialmente despreciativo con ambas actividades más en sus escritos que en su vida cotidiana. Era el segundo matrimonio de su padre. Nicolás tuvo así dos hermanastros: Hernando e Isabel Gómez Tanco, y dos hermanos: Ignacio y Teresa Gómez Dávila. A los seis años lo llevaron a París, donde pasaría la infancia y adolescencia, y no regresó a su Bogotá natal hasta 1936, con veintitrés años. Se casó casi inmediatamente, en 1937, y ya no volvería, salvo un decepcionante viaje en 1949 por la Europa destruida, a abandonar el rutinario periplo entre su casa del barrio de El Nogal y la finca Canoas Gómez, en Soacha, a orillas del río Bogotá. Por si se necesitaba algo más para sellar el voluntario encierro, nuestro autor sufrió una caída de caballo en su finca, cuando encendía un tabaco. Los admiradores, por cierto, han convertido este episodio en una caída en un partido de polo, lo que reforzaría la imagen aristocrática. El hueso fue mal colocado, y Gómez Dávila quedó obligado a usar de por vida un calzado ortopédico.

A lo largo de sus escritos insistirá en la decisiva importancia de las lecturas de adolescencia. Y, paradójicamente, no sabemos dónde se formó. Se dice que en un colegio benedictino en París —y con ellos matriculó a sus hijos cuando estos monjes llegaron tardíamente a Bogotá— y en su propia casa, donde le retuvo una larga neumonía infantil. Frente a

otros coetáneos iberoamericanos, como Jorge Luis Borges, no hay rastros de ninguna actividad literaria ni política en el movido París de la primera mitad de los años treinta.

Al regresar a Bogotá se casará con Emilia Nieto, de proverbial belleza, a decir de sus coetáneos, y comenzará una vida rutinaria ligada a su biblioteca, al Jockey Club y, en su momento, a las obligaciones derivadas de sus funciones en los negocios familiares: el almacén de telas Nicolás Gómez y Compañía, ubicado en la carrera 7 n 17-45; la administración de Canoas Gómez –finca familiar que pasaría a su propiedad– y la actividad en el Banco Hipotecario de Colombia, posteriormente Banco de los Andes, finalmente fusionado con el Banco de Bogotá. Como miembro del consejo directivo del Banco de Colombia, se vería demandado en 1988 por la Superintendencia Bancaria, tras el escándalo protagonizado por Jaime Michelsen Uribe, que atrapó involuntariamente a algunos de los nombres más conocidos de la capital colombiana. Por cierto, en la noticia en la prensa sobre el suceso se le cita como aristócrata e intelectual. Al tener conciencia de la magnitud del escándalo, abandonó junto con varios de sus amigos, como Francisco Pizano de Brigard, el consejo directivo, sufriendo con toda probabilidad una merma económica.

Tuvo tres hijos, Rosa Emilia, autora de la primera *Selección de Escolios* que publicó la Editorial Villegas, de Bogotá, en 2001, Nicolás y Juan Manuel.

Si queremos observar las influencias que recibió, y frente a lo que acontece con otros muchos escritores, no podemos recurrir a sus maestros, a los medios en que publicó o a los autores con los que se relacionó. Antes bien, hay que recurrir a su biblioteca, cuidadosamente seleccionada, reunida pese a sus 30.000 volúmenes para la lectura, no para el coleccionismo bibliófilo, y hoy conservada en la Biblioteca

del Banco de la República de Bogotá. Esta biblioteca es la primera ocupación ociosa de su vida –no nos atreveríamos a llamarlo trabajo, conociendo su rechazo a la exaltación burguesa de la actividad remunerada–. De ella procede su producción literaria, y es el principal referente para encontrar el misterioso texto implícito que subyace a sus escolios. Si es que este texto tiene la buscada unidad. Sabemos que buena parte de ella fue adquirida a través de dos libreros de origen germano: Karl Buchholz y Hans Ungar, que habían terminado en Bogotá, huidos por razones exactamente opuestas, uno tras la Segunda Guerra Mundial y por sus vinculaciones con el nazismo, y otro tras el *Anschluss* y por sus posiciones socialistas. Otra parte de sus libros fueron comprados directamente en el extranjero.

Se conservan de su biblioteca 16.935 títulos y cerca del doble de volúmenes. De los títulos, 7.106 son en francés, 4.937 en inglés y 2.816 en alemán. En español existen 718, 454 en italiano y 298 en los originales griego y latín. La biblioteca muestra una condición de políglota de Gómez Dávila que fue destacada en las escasas menciones que aparecen en la prensa bogotana.

En los escolios criticará las traducciones; así, se puso a aprender danés para poder leer a Kierkegaard. Pese a ello, autores que le influyeron muy notablemente, como Dostoieski o Lev Shestov, los leyó en traducciones francesas.

Aunque sustentaba la opinión de que hay que evitar la cita y hacer propio al autor de la tradición, dado que no tenía pretensiones de originalidad, determinadas menciones en los escolios sirven de indicio, por un lado, de sus influencias, y por otro, de sus lecturas críticas.

Entre quienes le influyeron se encuentran Homero, Tucídides, Platón, san Agustín, Montaigne, Pascal, Retz, De La Rochefoucauld, Möser, Rousseau, Burke, Rivarol, De Mais-

tre, Schopenhauer, con matices, igual que Nietzsche, Baudelaire, Burckhardt, Blake, Dostoievski y un largo etcétera de pesimistas, derrotados lúcidos y críticos inasequibles.

Entre sus criticados destacan figuras que podrían esperarse, como Sade, Freud o Marx, y otras más sorprendentes en un reaccionario, especialmente Hesíodo. Todos los estoicos sin matices o los tomistas en bloque. Destaca igualmente su dureza con Hegel o su firme rechazo del iusnaturalismo romano, racionalista o católico.

Nicolás Gómez Dávila buscó y logró una rutina de vida centrada en la lectura infatigable, que realizaba en su biblioteca de su casa de estilo Tudor, una de las pocas que aún se conservan en el barrio de El Nogal de Bogotá. Se sentaba en un sillón, con una pila de libros en una mesa a su derecha, cuya lectura iba alternando a lo largo de tardes y noches insomnes.

Ahí se encuentra el origen de la obra que aquí seleccionamos. Enemigo firme de las anotaciones en los libros, no hay, en ese sentido, ninguna pista de lectura en su biblioteca, ningún «El Príncipe» anotado por Napoleón. Nicolás Gómez Dávila necesitaba, sin embargo, la escritura, la nota, el lápiz sobre el papel para hacer suya la lectura, para formular su pensamiento. Así fue reuniendo una serie de cuadernos, anotados a lápiz, donde se mezclaban, probablemente, las referencias con la nota extensa y con la frase escueta, lacónica.

De hecho, la primera publicación de nuestro autor, a su cargo, fue realizada en México en 1954 por su hermano, el novelista Ignacio Gómez Dávila, bajo el título de *Notas*. Hay un debate sobre su satisfacción con esta primera aparición pública. Si por un lado parece que Ignacio «arrebató» el manuscrito apenas corregido, lo cierto es que en la Biblioteca Luis Ángel Arango se conserva el ejemplar

dedicado a su esposa Emilia: «A mi Emilita. No le puedo regalar un libro que es suyo. Porque sin ella no habría sido escrito».

En 1977 aparecerán los dos primeros de los cinco tomos de escritos que se denominaron bajo el epígrafe genérico de *Escolios a un texto implícito: Escolios I y II*; en 1986 *Nuevos escolios I y II*, y en 1992 un único volumen de *Sucesivos escolios*.

Sabemos que el escolio es la anotación marginal a un texto –en este caso, y como dice el título genérico, el texto es implícito–. Denominación modesta que encubre una reflexión sobre buena parte de la tradición occidental y, además, como hemos mencionado, una de las mejores prosas en nuestro idioma.

El hallazgo en el fondo Gómez Dávila de la Biblioteca del Banco de la República de unos cuadernos escritos y anotados por el escritor alemán, afincado en Bogotá, Ernesto Volkening, nos ha permitido, junto con la información de sus primeros editores, deducir cuál era el modo de escribir de Nicolás Gómez.

Las anotaciones, ideas, resúmenes que surgían en la lectura los recogía en los mencionados cuadernos, anotados a lápiz. Posteriormente, algunas de estas notas o auténticos escolios los reelaboraba, trasladándolos personalmente –nunca consintió la contratación de mecanógrafo– a unos mecanoescritos que compartía con algunos de sus amigos, el reducido grupo de contertulios que le visitaban en sus reuniones de la tarde de los domingos en su casa de Bogotá. Entre ellos destacan en diversas épocas escritores como Álvaro Mutis, Hernando Téllez o Ernesto Volkening, o amigos de su entorno como Francisco Pizano de Brigard, Jorge Franco, J. J. García, Mario Laserna, Jaime Laserna o Hernando Martínez-Rueda, *Martinón*.

Algunos de esos amigos –sabemos seguro que Ernesto Volkening y Francisco Pizano de Brigard– le hacían observaciones a los escolios que constituyeron la base de sucesivas ediciones.

Si sus primeras obras –*Notas*, y un conjunto de escritos que se denominó *Textos I*– se publicaron en 1954 y 1959 respectivamente, a su cargo, la primera edición de escolios vio la luz gracias a la insistencia de Álvaro Mutis sobre Gloria Zea, entonces directora del oficial Instituto Colombiano de Cultura.

Se completan así las paradojas que acompañan la vida de Gómez Dávila: fustigador de la actividad académica y de los universitarios, ayudó a fundar la Universidad de los Andes; crítico del comercio y de las finanzas, fue comerciante, dirigiendo incluso la evacuación de sus almacenes durante «el bogotazo», en 1948, simulando un saqueo con sus propios empleados y trasladando las telas a su domicilio, más allá de la zona de conflicto. Denostando la actividad financiera, fue como hemos dicho miembro del consejo directivo (o de administración) del banco fundado, entre otros, por su abuelo materno, el general Juan Manuel Dávila Pumarejo, y su padre, Nicolás Gómez Saiz. Enemigo del Estado y crítico del fomento de la cultura, vio sus escolios publicados en editoras oficiales; finalmente, su biblioteca, la labor de toda su vida, se ha conservado unida gracias al Banco de la República de Colombia.

A lo largo de su obra, Nicolás Gómez insistirá en dos ideas nucleares de su pensamiento, y también de su forma de vida. Una es el nulo afán apologético, convencido de que es especialmente difícil convencer a nadie de algo valioso y de que la insistencia en la apología encubre una falta de convicción, una duda intrínseca en quien se dedica a esa tarea. Otra es la modestia de su esfuerzo, pues sospechaba que no

tenía el talento para continuar la labor de siglos de la tradición en la que se inscribía.

Ya en su primera obra, *Notas*, va dejando pruebas de ambas actitudes. Las dos se resuelven en un afán que guía su lectura y su escritura: la lucidez, término de resonancias de Schopenhauer y que en Nicolás Gómez alcanza una de sus realizaciones más logradas.

Respecto a la modestia, nos dice:

El único sucedáneo a la grandeza es la lucidez.

Ella sólo consuela de la grandeza que el destino nos hurta. Es virtud de ambiciosos desengañados; es la humildad de los soberbios que, sin dimitir, se resignan.

En lo concerniente al nulo afán apologético, nos advierte:

La incomparable lucidez del pensamiento reaccionario no es comparable sino a su esterilidad práctica.

La justificación de toda una vida se traduce entonces en la búsqueda apasionada de la lucidez, respecto a la cual, la publicación o la influencia resultan completamente superfluas.

Por supuesto, la lucidez tiene sus secretas exigencias:

Un espíritu falsamente razonable quiere opiniones conformes a las suyas o discursos que concierten con el vulgar sentido común; mientras que un espíritu que anhela la sola lucidez tolera todo lo que oye, pero exige que cada cual tenga clara conciencia de las causas y de las consecuencias de las ideas que propone.

Surge así un concepto enfrentado al habitual en nuestro siglo. Si para casi todos la vida es el conjunto de expe-

riencias vertiginosas que se van percibiendo, para Nicolás Gómez es la reflexión producida por la lectura:

Anhelo que estas notas, pruebas tangibles de mi desistimiento, de mi dimisión, salven de mi naufragio mi última razón de vivir.

Imposible me es vivir sin lucidez, imposible renunciar a la plena conciencia de mi vida.

Dicho de otra forma, el texto explícito que muestran los escolios de Gómez Dávila aspira a ser la única forma de vida lograda que le es factible a un hombre como él. Si en los escolios se repite con constante martilleo, la idea misma había aparecido ya en *Notas*, donde es perceptible una lograda madurez que, en cierta forma, está presente en el resto de su obra:

Debemos forzarnos a la lucidez, para evitar que las cosas resbalen sobre nosotros como sobre una piedra aceitada.

Si el escrito busca tan sólo la lucidez, es lícito preguntarse cuál es la razón de su publicación. En cierta forma, quien escribe aspira a transmitir algo, a influir. No estamos ante un diario o memorias aparecidos tardíamente, sino ante un conjunto de escritos que surgen en la madurez pero que se van publicando a lo largo de más de cuarenta años:

Admito muy bien que desdeñemos todo lector, que el placer cuando escribimos sea nuestro fin y que no aspiremos a nada distinto de nuestra satisfacción más solitaria; pero lo que no puedo soportar es nuestra indiferente resignación a la mediocridad de nuestras ideas.

No importa que nuestra idea para nada sirva o que nadie la

utilice; que se desvanezca, ignorada, y muera; si fue más que una proposición hueca y sonora, si en ella se cristalizó una verdad y se encarnó una esencia.

No sería lícito acusar a Gómez Dávila de hipocresía. De hecho, su publicación surge tras un gran número de dudas, casi siempre empujado por alguien. Primero, su hermano Ignacio; luego, Álvaro Mutis. En las dudas se mezclan, como caracterizaría de forma única en sus escolios, la humildad, conciencia de su posición de enano entre gigantes –más que de enano en hombros de gigantes–, con la indudable soberbia de quien teme no ser comprendido por una generación que no está a la altura ni de sus ideas ni de sus lecturas.

Sabemos por los testimonios de sus coetáneos que Gómez Dávila no era dado a prodigarse en los foros en los que podía manifestar sus indudables conocimientos, pero sabemos por otro lado que no dudaba en auxiliar a quien honestamente le consultaba alguna duda y que recibiría en los años sesenta a un grupo de estudiantes desconcertados ante los procesos revolucionarios del momento. En última instancia, la imagen de la mano que transmite directamente a otra mano, si se quiere la escultura complutense de «los portadores de la antorcha», sería el mejor lema de su labor.

Quienes le leemos sentimos, en cierta forma, que entramos en un mundo de confidencias casi secreto, alejado del mitin o del eslogan. No hay así nada que pueda irritarnos más que la tendencia de ciertos difusores a la moda de compararle con un productor de tuits. El mundo complejo que surge de la multitud de puntos de su composición nada tiene que ver con el ingenio ocurrente, casual y efímero.

El título de su obra principal ha producido una polémica académica, inevitable teniendo en cuenta la necesidad académica de polémicas y la tendencia, muy criticada por Nicolás

Gómez, de los epígonos a teorizar, extender y, por qué no decirlo, a estropear la obra admirada.

La polémica se ha centrado en «el texto implícito» al que se referían los escolios. Francisco Pizano de Brigard revelaría que el propio Gómez Dávila comentó que ese texto implícito era la religión democrática, tal y como aparece descrita en las páginas de su libro *Textos*. La explicación, pese a la confesión de parte, no ha satisfecho a nadie. Volpi piensa que el texto implícito será finalmente el texto proyectado por el conjunto de los escolios, la composición *pointilliste*, donde los matices constituyen un conjunto, rompiendo en cierta forma la idea de Gómez Dávila como mero productor de aforismos. Otros han pensado que el texto es el conjunto de la tradición occidental o, al menos, la parte de la tradición que se muestra en su biblioteca. Incluso hay quien puede opinar que el texto es implícito en cuanto, en la línea de Leo Strauss, el arte de escribir de Gómez Dávila oculta sus fuentes. En todo caso –como sugieren otros lectores–, si el escolio surge de la larga lectura y meditación, como una «dura punta de diamante» al decir de Téllez, precisamente en él, en cada uno y en el conjunto, está implícito, como una función, todo el texto, que por ello no requiere hacerse explícito.

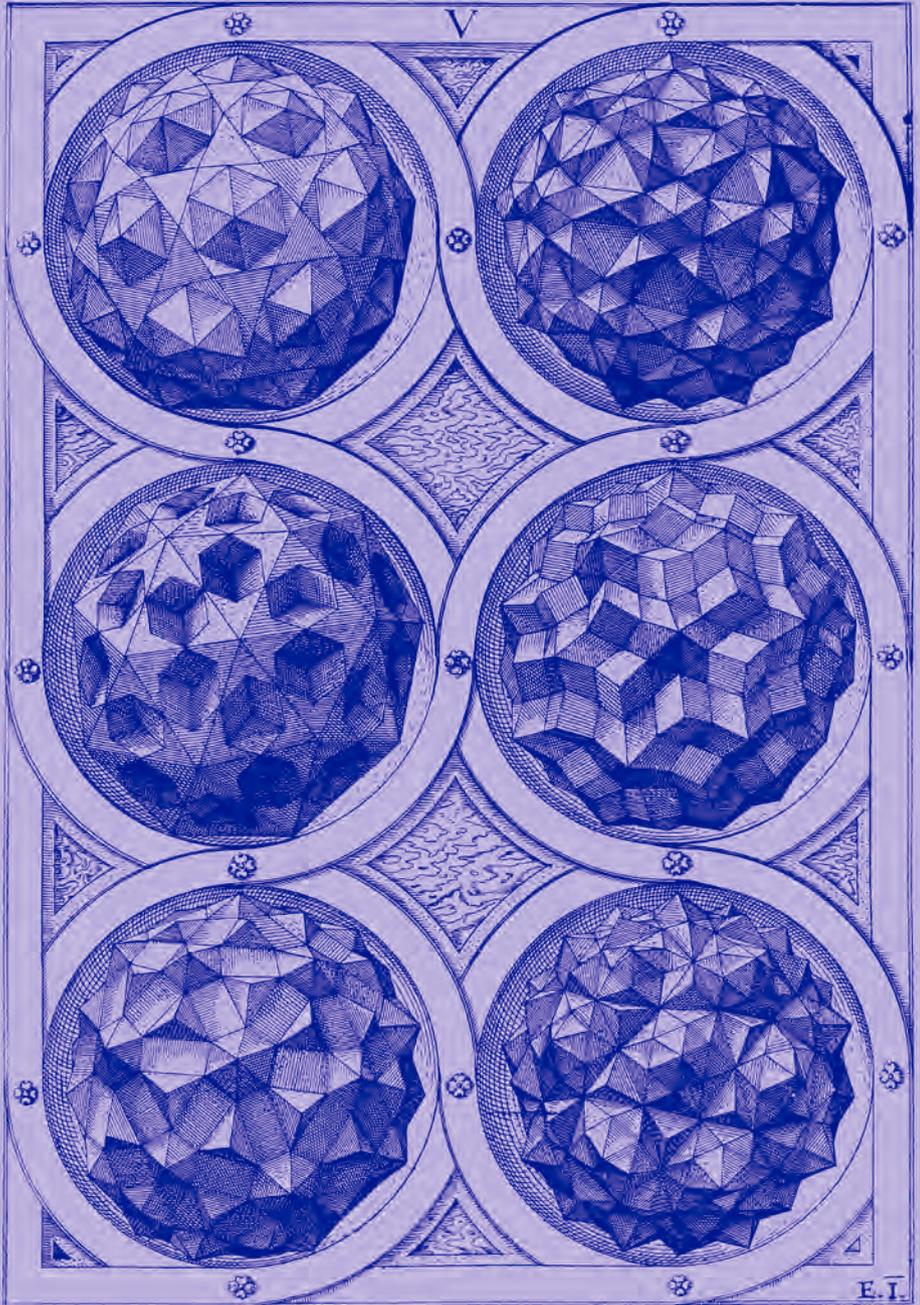
Es comprensible entonces la dificultad de una *Selección de los escolios*. En sentido estricto, de los diez mil no sobra ninguno. Incluso la redacción, como sabemos por los textos mecanografiados, sigue un orden, la sucesión un ritmo, casi una melodía que es perceptible en cada uno de sus libros.

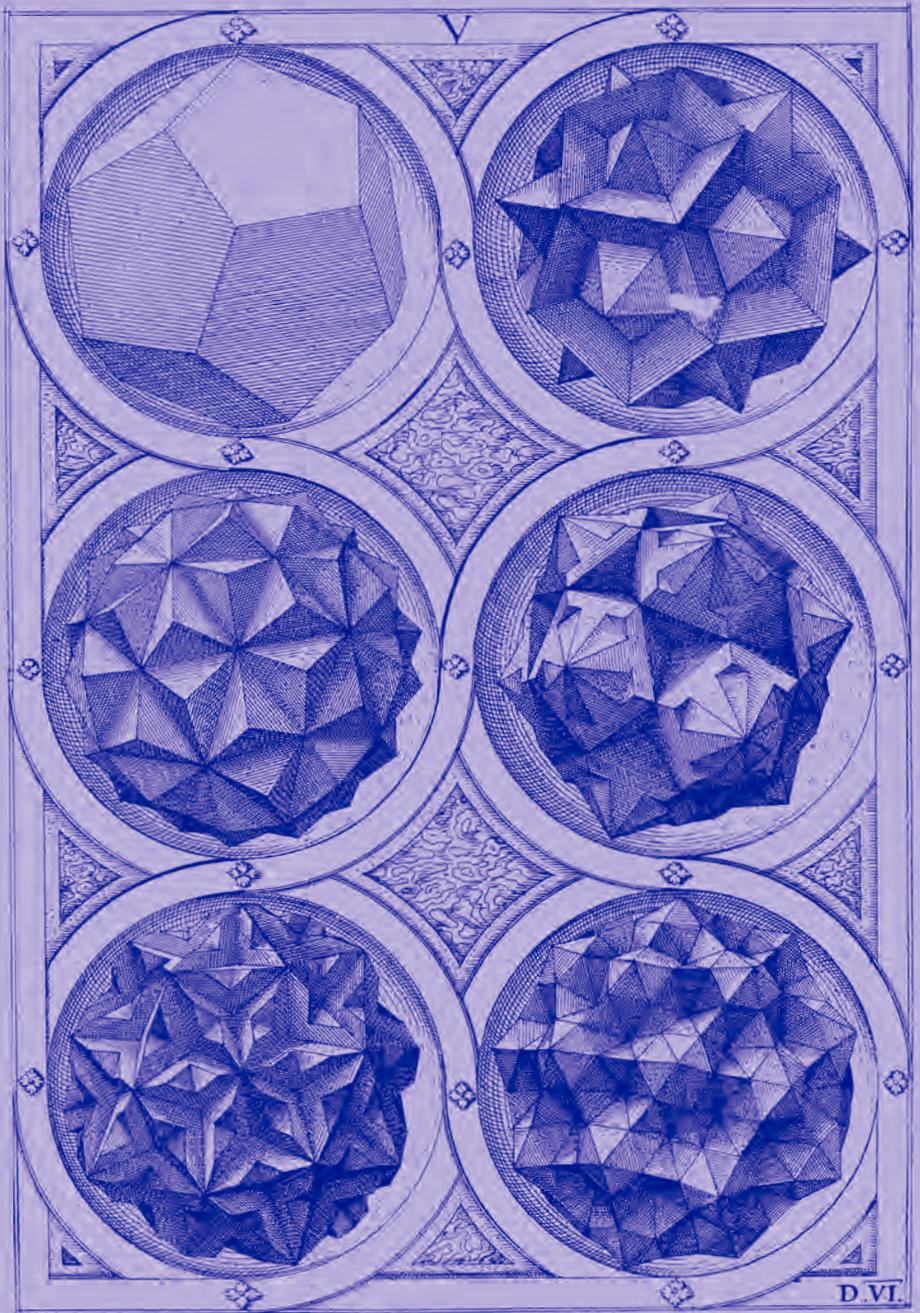
Por ello este breviario, que sólo aspira a servir de introducción a los escolios completos editados en esta misma editorial, ha seguido básicamente dos criterios. El primero, mantener el orden en el que aparecieron los escolios en la edición original. El segundo, ser fieles a la intensidad con

que cada tema aparece en la obra completa de Gómez Dávila. Aspiramos entonces a que sea una selección que mantenga el conjunto de la composición *pointilliste*. Somos conscientes de que cada uno produce en su mente un Gómez Dávila distinto, y este breviario está influido por las preferencias de quien lo ha seleccionado. Sin embargo, creemos que esta selección de escolios puede ayudar al lector que se acerca por primera vez al bogotano a producir su propia imagen. Así, «espigando los escolios del genial Gómez Dávila», quizá logremos superar el tedio del mundo moderno.

José Miguel Serrano







Ars brevis

«Madurar no consiste en renunciar a nuestros anhelos, sino en admitir que el mundo no está obligado a colmarlos.»

La vida y la obra del filósofo colombiano Nicolás Gómez Dávila (1913-1994) se fraguó lentamente en los límites de la ingente biblioteca de su casa en Bogotá, que albergaba más de treinta mil volúmenes y que fue leyendo –siempre en su lengua original, ya fuera latín, griego, francés, inglés o alemán– en largas sesiones que iban desde las primeras horas del día hasta la madrugada. Mientras leía, solía escribir una serie de notas, o *escolios*, a través de las cuales fue desarrollando su singular pensamiento en forma de aforismos, que le valieron el merecido título de «Nietzsche colombiano».

Siempre fiel a su propia fórmula, «vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes», sin olvidar que toda vida es «un experimento fracasado», Dávila construyó una de las críticas filosóficas más clarividentes y feroces de la modernidad, que despertó la admiración de escritores tan cercanos a su sensibilidad desprejuiciada como Ernst Jünger o Botho Strauss. Sin embargo, no es nada fácil clasificar a este pensador independiente; no se encuadra en la tópica etiqueta del conservador nostálgico. Él mismo se autodefinió como un «reaccionario auténtico», pues, como aseveraba para evitar malentendidos, cuando no hay nada que conservar uno se vuelve reaccionario y reacciona contra todo.

El libro que el lector tiene en sus manos, una cuidada selección de José Miguel Serrano y Gonzalo Muñoz hecha a partir de los más de tres mil aforismos que conforman su obra completa *Escolios a un texto implícito* (n.º 38 de esta misma colección), nos revela las líneas esenciales de un pensador solitario que se empeñó en permanecer despierto donde la mayoría duerme.

